

# CARTA DEL PADRINO

*Raúl Levín*

El concepto de niñez ha sido a la vez que fundamental, de muy difícil abordaje y central desde los orígenes de la historia del psicoanálisis.

Cuando Freud ensaya sus primeras conceptualizaciones de la neurosis, el niño ocupa un lugar fundamental en los desarrollos de una teoría de la clínica que está en sus comienzos.

Recordemos la historia: se trata de un joven neurólogo que se inicia en el trabajo médico de su especialidad, y encuentra que la mayoría de sus pacientes son histerias que vienen a reclamar se las ayude a resolver su complejo encadenamiento sintomático, difícil de enumerar por su extensión, pero que incluye un particular sufrimiento y habitualmente también compromisos somáticos.

No hay cura para estas patologías tan difundidas y a la vez inabordables. Tampoco explicación.

Freud no se resigna a sostener esta ignorancia, y renuncia a las múltiples y arbitrarias manipulaciones que la mayoría de sus colegas proponen como eficaces para “salir del paso”.

Emprende entonces un viaje que puede considerarse iniciático a París, para conocer el procedimiento que propone e investiga Charcot en La Salpêtrière. Se trata de aplicar la hipnosis, que remite aparentemente a episodios de la infancia reprimidos, generalmente de índole sexual, que las pacientes

(en general se atribuía la histeria a mujeres) exponen en dramáticas mostraciones ante médicos y un público interesado, habitualmente constituido por intelectuales de la época.

Lo que convoca de estas exhibiciones de Charcot, es que casi como si se tratara de un truco de magia, esta descarga (catarsis) de traumas infantiles sexuales bajo hipnosis, cancela los síntomas tan impactantes de la histeria. El público queda asombrado por este procedimiento.

Cuando Freud regresa a Viena, aplica la hipnosis a algunas de sus pacientes. Pero no queda conforme. La exteriorización del trauma infantil produce el efecto deseado, pero el logro de una supuesta curación es poco duradero y confiable.

De todos modos ha avanzado con un descubrimiento, que será un hito en el inicio de la historia del psicoanálisis: episodios reprimidos de la infancia tienen una relación directa con la estructuración de la neurosis adulta.

Esta versión primera de lo que va a ser el psicoanálisis, incomoda a la comunidad de la época, pero es insoslayable. Es vivida como una afrenta a la supuesta pureza infantil, porque involucra al niño en temas que se supone pertenecen a la vida adulta. Especialmente la sexualidad.

Sin embargo, desde otro enfoque, este punto de vista es coherente con el predominio del positivismo de la época, que en medicina se manifiesta en la causalidad directa que se produce entre un agente etiológico y la enfermedad. Es la época de la historia de la medicina en que se descubre que para cada enfermedad de las que llamamos infectocontagiosas hay una bacteria (luego también un virus) que la produce. En neurología se van descubriendo también correspondencias que se establecen entre distintas zonas de la corteza cerebral y efectos

motrices o de sensibilidad en determinadas partes del cuerpo.

Y para Freud en ese momento, a la manera de la causalidad positivista de este período de la investigación científica, se da la siguiente correspondencia: problemas de la niñez son los que provocan la neurosis del adulto.

Es interesante la semejanza que existe entre las series complementarias que describe Freud, con los esquemas que usaban los bacteriólogos para describir la relación establecida entre un agente específico y terreno, que provocaban la enfermedad infectocontagiosa concomitante.

Ante la insatisfacción que le produce la aplicación de la hipnosis, Freud busca un método de acceder a recuerdos olvidados de la niñez del adulto que puedan dar cuenta de la neurosis de sus pacientes. Todos conocemos la historia de las vicisitudes de este tramo de la indagación freudiana, y cómo llega a descubrir que la asociación libre del paciente le permite a un psicoanalista la posibilidad de acceder a dichos recuerdos incómodos, aparentemente olvidados. La evacuación de dichos recuerdos, atenuarían o harían desaparecer los síntomas y su sufrimiento.

Hasta el momento en que descubre, con cierta desilusión, que dichos recuerdos no son tales, sino construcciones de la fantasía que expresan en relación a la escena del trauma sexual infantil, una compleja trama entre deseo y prohibición. “*Mis pacientes me engañan*”, expresa Freud con cierto pesar. Pero haciendo de la dificultad una posibilidad, descubre y valida que si bien de la deriva de la asociación libre no se desencubre al niño que fue en tanto tal, la producción del paciente da cuenta de fantasías, o recuerdos falsos o no que encubren otros que recubren algo impropio, generalmente de índole sexual, que el método analítico intentará develar.

Pero este descubrimiento da lugar a un saber que resulta fundamental para el psicoanálisis: no es la niñez la que produce la neurosis, sino fantasías que se han constituido, y que frecuentemente no son tomadas como tales, sino como sucesos ocurridos.

Y lo más importante, que quizás define el comienzo de lo que singularizará al psicoanálisis: dichas fantasías tienen suficiente entidad y eficacia como para generar síntomas neuróticos.

Lo que el paciente atribuye a la niñez suelen ser fantasías y no sucesos ocurridos.

Y acá se nos presenta entonces un tema fundamental: ¿tenemos acceso a lo que es un niño desde el material que presenta un adulto al analista? Si lo que abordamos son fantasías, ¿podemos acceder al niño que fue?

Estos impedimentos al acceso a la niñez se enfatizan cuando consideramos otros que lo refuerzan como la amnesia infantil y la represión primaria (que por cierto participan en dichos impedimentos).

Gran paradoja del psicoanálisis: la niñez en tanto tal fue un fundamento en su conceptualización inicial, pero luego se transforma en un interrogante, que se sostendrá como misterio.

Muchos de los lectores de esta carta de presentación de la revista *Devenir* saben que mi trabajo de psicoanalista desde hace décadas es realizado con pacientes pasando por diferentes etapas de la vida. Entre ellos muchos niños, algunos de muy corta edad. Y con toda razón pueden preguntarse: ¿cómo un analista que atiende niños puede justificar su clínica con ellos si a la vez afirma que el acceso a la niñez es imposible?

Es que hasta ahora expuse la evolución del concepto de niñez desde un seguimiento de la historia de los primeros tramos de la elaboración de la teoría freudiana.

No es que Freud ignorara la existencia del niño en tanto tal, el niño “sustantivo” como lo designa en su texto sobre el Hombre de los Lobos.

El asunto es que si no puede accederse a la experiencia vivencial de lo que fue la niñez del adulto, para ese momento histórico del psicoanálisis, no puede suscribirse una conceptualización de una clínica psicoanalítica de niños.

Freud lo enuncia en su conocida alusión a dicha dificultad. En su célebre cita al respecto, en el texto sobre el Hombre de los Lobos, dice: “...en el caso del análisis infantil [...] será preciso prestarle al niño demasiadas palabras y pensamientos, y aun así los estratos infantiles pueden resultar impenetrables para la conciencia”.

Todos conocemos la historia. Alrededor de 1920, Melanie Klein y otras colegas irrumpen en la comunidad psicoanalítica con la novedad de que lo que el niño no puede decir de sí con la palabra, lo puede expresar mediante el juego. Construye una versión de la experiencia emocional del niño de enorme plausibilidad y riqueza, pero contrariando la dificultad a la que alude Freud en la cita recién mencionada. Basada en introducir material lúdico a las sesiones del niño, no tiene inconveniente en prestar sus palabras sino también en validarlas psicoanalíticamente para construir una teoría sobre la niñez.

Pienso que lo inédito de Melanie Klein no es la introducción de la posibilidad de privilegiar el juego como lenguaje natural del niño al que el psicoanalista puede atender. La expresión del niño a través del juego ya había sido reconocida y

usufructuada por los pedagogos infantiles del siglo XIX. En general los psicoanalistas desconocemos la importancia que pudo haber tenido para el psicoanálisis de niños la riquísima historia de la pedagogía que precedió los inicios del psicoanálisis.

Para mí lo importante es que para constituir una teoría y una clínica infantil Klein no tuvo obstáculos en apelar a una heurística diferente a la freudiana. La conformación de la teoría kleiniana proviene de la palabra del psicoanalista aplicada a interpretar el juego (y la palabra en constitución en el niño). “*Los estratos más profundos*” pueden aludir a la imposibilidad de acceso al “*niño perdido*” como también a lo inabordable de lo inconsciente.

Las intervenciones de Klein aportando su palabra dan cuenta de la dificultad derivada de la inaccesibilidad al niño. Es un recurso para soslayar el misterio de la infancia.

Sin embargo también, como mencioné, el inconsciente ya estructurado en el adulto también tendrá una franja inabordable. De hecho muchas veces se hace una ecuación que relaciona represión primaria y el inconsciente incapaz de conciencia con el niño “*perdido para siempre*”.

Que el analista preste su palabra al paciente, va a ser validado enfáticamente por Freud cuando introduce la posibilidad, poco después, de que el analista intervenga no solo con “interpretaciones” sino también, y a veces fundamentalmente, con “construcciones”.

El trabajo con construcciones, del cual Freud se ocupa y privilegia en su texto de 1937 “*Construcciones en psicoanálisis*”, avala la posibilidad de que el analista otorgue prioridad a su propia palabra para crear una versión de la infancia, que sin suponer sea el “tal cual” lo ocurrido, basta que sea verosímil

para ese momento del discurrir de la sesión, y se avale en un efecto emocional del paciente, para destrabar resistencias en el proceso analítico. Freud emplea y recomienda en el texto mencionado dichas intervenciones, diferentes a la interpretación clásica.

Yo pienso que la construcción puede ser un punto de encuentro de la enunciación y constitución de una teoría psicoanalítica de la niñez, con un recurso eficaz en el análisis de un adulto para suponer una hipótesis acerca de su niñez.

Pero no responde a la pregunta de lo que ignoramos y genera efectos, no siempre favorables (no sólo en el campo del psicoanálisis): ¿qué es un niño?, ¿como se aproxima un adulto a las vivencias de su propia infancia?

En este momento tan complejo que afecta a toda la humanidad, y para introducir a la temática de este número de la revista *Devenir*, me pareció oportuno agregar estas ideas sobre el desarrollo de la historia y la justificación conceptual de la validez del psicoanálisis de niños, para sumarme a la reflexión y transformaciones clínicas que ensayan actualmente los psicoanalistas para adecuar el psicoanálisis de niños a las nuevas circunstancias.